

PRATS, E. (2015) *Teorizando en educación. Entre erudición, poesía y opiniónitis*. Barcelona, UOC.

Bajo la nada prescindible distinción entre teorizar y hacer teoría en educación, el profesor Prats expone ante nosotros una interesante delimitación del buen y mal hacer de todos los que nos dedicamos, consciente o inconscientemente, desde el estrado, la novela o la trinchera, al ámbito de la Teoría de la Educación.

Combinando con destreza saberes (*episteme*), conocimientos (*logos*) y tan variadas como variopintas opiniones (*doxa*), la obra nos ofrece una degustación de los sabores y sinsabores que la teoría de la educación ofrece tanto a los profesionales que la conforman como a las prácticas en las que influye o, al menos, pretende influir.

El texto está distribuido en tres capítulos principales y un último bloque sincrético, amén de la usual colección de referencias bibliográficas que sustentan los argumentos desarrollados y que tengo a bien resaltar, sobre todo, por su relevancia literaria, novelesca, más allá del ámbito académico que también –y tan bien– es explorado y compartido.

De hecho, es precisamente el primero de los bloques el que abre camino a través de los vericuetos científicos y académicos de la teoría pedagógica. Sin ánimo de ser exhaustivo y sabedor de la ligera sutileza, fluidez antiadherente y escurridiza porosidad de los postulados posmodernos, pero aun desde la modernidad y sin caer en taxonomías o rígidas clasificaciones, el compañero Prats dirime diacrónicamente la esencia

erudita de la teoría de la educación desde un panorama cartográfico amenazado por el peligro de los «ismos», así como por el siempre debatido estatus científico de la pedagogía, sempiterno *casus belli* que da pábulo a los citados en el último capítulo del libro. No será casual, por tanto, que estos primeros párrafos queden sellados en clave de advertencia:

En tiempos de posmodernidad parece que todo sea admisible. El pensamiento débil y el relativismo, tan denostados, hacen mella en la pedagogía, que con el giro posmoderno se da de bruces contra ella misma. El pensamiento posmoderno, acusado falsamente como promotor del relativismo epistemológico y metodológico, conllevaría la imposibilidad siquiera de cartografiar las pedagogías. Según esto, no hay pedagogía después de la modernidad y tanto poetas como opinadores han encontrado un campo abonado para sus ocurrencias (72).

Gracias a los anclajes derivados del primer capítulo, teniendo una hoja de ruta más clara que incierta, nos es más fácil dejarnos llevar por la poética pasión destilada a continuación. Lejos de la sensiblería pero no del sentimentalismo, durante estas páginas experimentaremos distintas imágenes idealizadas del acto educativo y, en especial, de la acción del profesor y su relación con los estudiantes. A través de diversos relatos de ficción, más o menos reconocibles como lugares comunes, el lector podrá contrastar lo narrado con lo ya visto o lo ya vivido, bien sea gracias a experiencias propias o ajenas, dejando así en evidencia alguna de las teorías que impregnan el

imaginario social. Coincidiendo con el autor, y teniendo en cuenta que nos referimos a la pedagogía de los literatos y no a la literatura de los pedagogos: «La ficción, lo quiera o no, está teorizando sobre la educación, sus retos, objetivos, métodos, agentes y, por encima de todo, sus consecuencias, a veces dramáticas» (p. 75). En estos párrafos, la visión de distintos pasajes de autores como Charlotte Brontë, Philip Roth y Tom Sharpe, así como otros más manoseados en nuestro campo como Daniel Pennac, son expuestos y comentados con un gusto digno de mención.

Por último, independientemente de la ciencia y el arte ya expuestos pero también en relación, el compañero Prats desnuda las que denomina «pedagogías amarillas». Discursos normalmente elaborados por personal docente con experiencia a pie de obra que, desde la más libre opinión y sin demasiada finura, no deja títere con cabeza en lo que respecta a la teoría educativa. El avezado lector sin duda podrá rápidamente identificar estas señas de identidad con movimientos antipedagógicos como el testarudamente llevado a cabo por Ricardo Moreno Castillo. Desmesuradas críticas sin elegancia a las que, no obstante, debemos prestar atención

con la educación de la que carecen. De hecho, debemos aceptar que, tal y como comparte Enric Prats:

En realidad, todo depende de lo que los docentes piensan, sienten y hacen, y de sus concepciones sobre distintas dimensiones del acto educativo. Por ello, podemos aventurar que las opiniones o creencias del profesorado actúan como un interruptor que frena o deja pasar las propuestas curriculares, de organización o gestión educativa y de todo tipo que le llegan desde el exterior, tanto desde la administración como de los expertos en distintas ramas (129-130).

Así, desde la más consolidada pero también criticada teoría, pasando por la visión de la sociedad y la literatura sobre la labor docente y terminando en las teorías implícitas del profesorado, nos encontramos con un muy buen referente de lo que el ámbito de la Teoría de la Educación nos ofrece. Gracias a estas tres líneas: erudita, literaria y tertuliana, todo interesado por la enseñanza y el aprendizaje podrá interrogarse sobre lo que es, parece y debiera ser el acto educativo.

José L. González-Geraldo